

Tema 8. Las persecuciones

Desde sus primeros días, la Iglesia padeció la sospecha, la calumnia y la persecución de las autoridades, primero fueron los judíos, luego los romanos. Muchas de estas persecuciones ocurrían en el plano local, siendo iniciativas de los propios gobernadores regionales. Sin embargo, se pueden identificar al menos diez persecuciones que se llevaron a cabo por iniciativa de los emperadores romanos a lo largo de los primeros tres siglos de historia de la Iglesia. Conocerlas, nos permitirá comprender el otro lado de las dificultades que enfrentaron los cristianos, así como ya vimos la amenaza que representó el gnosticismo en el plano teológico. Cada una de estas persecuciones es conocida por el nombre del emperador que las inició.



Persecución de Nerón, 64-68: Es la persecución que se inició tras el Gran Incendio de Roma del año 64, del cual el emperador habría culpado a los cristianos para librarse de las sospechas del pueblo en su propia contra. En esta época fueron martirizados los Apóstoles San Pedro y San Pablo.

Persecución de Domiciano 81-96: Este emperador dedicó todo su reinado a castigar a los cristianos de las formas más crueles y obligando a muchos a abandonar su fe a cambio de libertad. Moriría asesinado en una conspiración palaciega, pues era odiado por los propios romanos, con los cuales también fue arbitrario y cruel.



Emperador Domiciano

Persecución de Trajano, 109-111: En este caso el César no quiso dar mayor importancia a la cuestión cristiana. Sin embargo, ordenó que los cristianos que fueran apresados renunciaran a su fe y adoraran a los dioses romanos a cambio de libertad, mientras que aquellos que no lo hicieran serían severamente castigados.

Persecución de Marco Aurelio, 161-180: El emperador filósofo, representante del estoicismo, mostró durante todo su reinado su aversión hacia los cristianos. En este periodo fue martirizado San Justino en Roma y la Iglesia de Lyon sufrió los peores tratos que incluyeron multitud de torturas y asesinatos. Allí fue martirizado el obispo San Potino, quien fuera el predecesor de San Ireneo.



Emperador Marco Aurelio

Persecución de Septimio Severo, 202-210: Este emperador de origen norteafricano culpó a los cristianos por la precaria situación que vivía el imperio por las enfermedades y la hambruna. Se produjeron persecuciones en grandes ciudades como Roma, Alejandría, Corinto y Cartago a causa del disgusto popular. Se emitió un decreto prohibiendo la conversión al cristianismo. En su reinado fue martirizada Santa Cecilia y asimismo fue decapitado San Leónidas de Alejandría, cuyo hijo fue perdonado: el famoso Orígenes de Alejandría, también llamado Orígenes Adamantius. Se cree que San Ireneo de Lyon también fue martirizado.

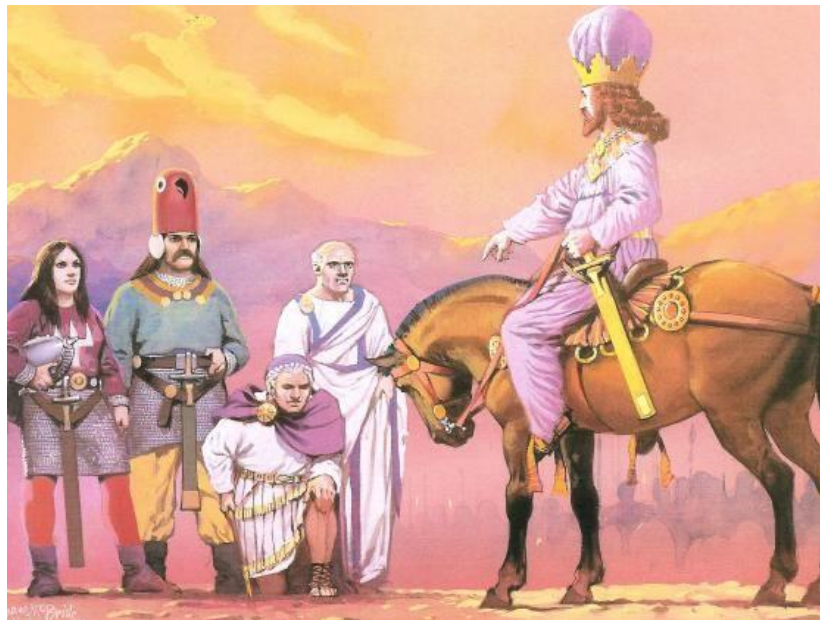
Persecución de Maximino, 235: El emperador apodado «el Tracio» retomó las políticas de Septimio Severo y declaró a los cristianos como enemigos del Estado. En su reinado fueron asesinados dos obispos de Roma: San Ponciano y San Antero.

Persecución de Decio, 249-251: Esta fue una de las grandes persecuciones, la cual se extendió por todo el Imperio romano. En el año 250, Decio exigió a todos los ciudadanos que hicieran un sacrificio para glorificar al emperador. La negativa de los cristianos, fue el argumento para que el César iniciara una gran matanza, la que fue notoria en el norte de África. En esta época fue asesinado el papa San Fabián, mientras que Orígenes fue horriblemente torturado antes de fallecer. Este emperador y su hijo Herenio Etrusco serían aniquilados junto a su ejército en la batalla de Abrito (251) contra los godos liderados por el rey Cniva.



Moneda del emperador Decio

Persecución de Valeriano, 256-259: En la época de este emperador se había decidido castigar a los cristianos con el exilio. La persecución y la censura contra los cristianos fue sistemática y se sirvió de todos los aparatos del Estado, imponiendo grandes multas, pérdida de bienes y destituciones de cargos. Sin embargo, desde el año 258, se estableció que el castigo sería la muerte. Durante esta persecución fueron martirizados San Dionisio de París, el papa San Sixto II, el diácono San Lorenzo de Roma y San Cipriano de Cartago, por nombrar a algunos. La persecución terminó cuando Valeriano fue capturado en medio de una campaña contra los persas del rey Sapor I, quien lo llevó a la ciudad de Gundeshapur. Allí, Sapor obligó a Valeriano tragar oro fundido y lo despellejó, guardando su piel como un trofeo en el palacio persa.



Sapor I captura a Valeriano

Persecución de Diocleciano, 303-313: Es considerada como la persecución más terrible contra los cristianos. En ese entonces, el imperio se encontraba gobernado por una tetarquía compuesta por los dos augustos Diocleciano y Maximiano, así como por los dos césares Galerio y Constancio. Este gobierno en un primer edicto suprimió todos los derechos de los cristianos y se exigía a todos volver a la religión romana y al culto imperial. Fue considerada una era de los mártires. Diocleciano se había propuesto exterminar a la Iglesia Ortodoxa,

apuntando principalmente a las propiedades de los cristianos y al clero que fue severamente atacado. Ordenó también la destrucción de todas las escrituras y de los lugares de culto cristianos en todo el imperio. Un segundo edicto ordenó el arresto de todos los sacerdotes y obispos, mientras un tercero ofrecía una amnistía a cambio de que hicieran sacrificios a los dioses paganos. Finalmente, un cuarto edicto ordenó que todas las personas hicieran un sacrificio público y que quienes se negaran fueran ejecutados.

Diocleciano no logró su objetivo y la persecución no tuvo la misma intensidad en todas las provincias, aunque se sabe que fue extremadamente violenta en el Oriente donde gobernaba y en los territorios regidos por Maximiano como Roma, Sicilia, Hispania y África. Algunos de los mártires de esta persecución fueron el papa San Marcelino, San Jorge, Santa Lucía, San Pantaleón y Santa Inés, entre muchos.



Emperador Diocleciano

Adicionalmente se produjo una última persecución en tiempos del emperador Juliano «el Apóstata» (361-363), un miembro de la dinastía constantiniana que no contento con rechazar el cristianismo de sus predecesores tales como San Constantino el Grande, decidió impulsar un renacimiento pagano. Su sueño acabó cuando fue alcanzado por una jabalina durante su campaña contra los persas.

La Iglesia saldría fortalecida de todas estas persecuciones, perseverando en la fe ortodoxa y lista para seguir creciendo. La sangre derramada de los mártires no fue en vano, sino que dio a los cristianos esperanza y un gran sentido de identidad.